



5 de abril de 1887

## Sobre la pasión de la vida religiosa

Mis queridas hermanas,

No puedo hablaros esta semana de otra cosa que no sea la Pasión de Nuestro Señor, pues es lo que ocupará vuestras almas. Intentaremos, pues, adentrarnos en el misterio de los sufrimientos de Jesucristo.

Ante todo, os diré que la vida religiosa debe ser una "explicación" de la Pasión de Nuestro Señor; "explicación" es la palabra justa, porque cada una de nosotras debe terminar, completar en sí misma lo que la Pasión de Cristo comenzó en nosotras. La vida religiosa reproduce realmente los rasgos principales de la Pasión de Nuestro Señor; si cada una de nosotras se deja hacer, si cada una de nosotras deja que Dios actúe en ella, encontrará ciertamente que tiene que pasar por dolores interiores que a menudo son los más dolorosos, por cruces de todo tipo, y también por sufrimientos corporales.

Para no extenderme demasiado, reduciré a tres puntos principales lo que quiero decir sobre esta realización de la Pasión en nuestra vida religiosa. La Pasión del Señor puede reproducirse en nosotras mediante la entrega, la obediencia y la generosidad en la oración.

En primer lugar, a través de la entrega. Nuestra vida, hermanas, es ante todo una vida de verdadera dedicación: dedicación a las niñas en todo momento, sin descanso, para corregir sus faltas, para exhortarlas, para corregirlas, para animarlas. Apenas se termina una educación, hay que volver a empezar otra; apenas una niña empieza a corregirse, llega otra aún más difícil, y hay que volver a empezar el trabajo; dedicación a sus almas, y también a darles conocimientos. Y no hay que pensar que las hermanas del coro que imparten las clases son las únicas que participan en este trabajo de dedicación; todas participan, y la hermana cocinera, la encargada de la limpieza, la lencera, etc., todas participan en el trabajo común.

También he dicho que nosotras mismas reproducimos en nosotras la Pasión a través de la obediencia. La obediencia es la más importante de las virtudes religiosas; por eso, ¿habéis intentado comprender hasta qué punto llegó la obediencia de Nuestro Señor en su Pasión? Obedeció al último de los verdugos sin pensárselo dos veces; le cogieron la mano para clavarle un clavo, y se la dio; le dijeron que adelantara los pies, y lo hizo; no rechazó nada de lo que le pidieron. Y nosotras, hermanas, ¿hasta qué punto somos obedientes? ¿Somos lo suficientemente entregadas, lo suficientemente sacrificadas para no rehusar nada, para no demorarnos nunca? ¿Qué clase de persona es aquella que está tan completamente entregada que no se reserva absolutamente nada, que ha dejado a un lado no sólo toda preocupación por su salud, sino que está por encima de todo lo que le afecta, de modo que nunca busca otra cosa que los intereses de Dios, su voluntad, sin prestar atención a nada más? Porque, hermanas, debemos dejar las voluntades de Dios cumplirse en nosotras, si queremos que se cumpla en nosotras lo que decía San Pablo: *Completar en nosotras lo que falta a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Debemos obedecer la voluntad de Dios en todas las cosas, no sólo en la obediencia externa, sino también en su voluntad respecto a su obra particular en cada una de

nosotras: no debemos permitir que la obra de Dios perezca en nosotras. Para ello, debemos amar: el amor empuja, el amor ayuda. Para conseguirlo, hay que rezar.

Esto me lleva al tercer punto que quería tratar: la generosidad en la oración. Hace algún tiempo pregunté a un sacerdote por qué cierta persona que yo conocía había perdido la gracia de su estado y había provocado un gran escándalo. Este sacerdote me respondió esto, que me parece tan profundo: "¡Ah! es porque no quiso aceptar el yugo de Jesucristo, y sobre todo el yugo de la oración". Hermanas, hay que aceptar el yugo de Jesucristo, es decir, su voluntad. Él tiene una influencia especial sobre cada una de nosotras en lo que se refiere a nuestra vida interior. Si el Señor quiere que pasemos por tentaciones, dolores interiores y aridez, debemos entregarnos. Es un dolor muy grande orar cuando no sentimos nada, cuando no podemos producir ningún afecto, cuando ni siquiera podemos concentrar nuestro espíritu; debemos saber aceptar este sufrimiento.

Siempre queremos tener una oración fácil, pero ¿cuál fue la oración de nuestro Señor en el Huerto de los Olivos? Una oración dolorosa, una oración acompañada del mayor sufrimiento interior, del aburrimiento, de horror de su pasión. Y, sin embargo, esta oración no fue nada comparada con la que pronunció en la Cruz, cuando, reducido al último abandono, gritó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Fue el grito supremo de la desolación. Si Dios quiere que pasemos por la desolación y el abandono, tenemos que aceptarlo.

Tenemos un modelo: la vida de la Santísima Virgen es el modelo para la nuestra. Fijaos en cualquier circunstancia de su vida; no hay ninguna en la que no sea nuestro modelo. En cuanto a la oración, la Santísima Virgen era infinitamente superior a Santa Teresa o a cualquier otra gran santa; pero en cuanto a la generosidad en el sufrimiento, quién te puede enseñar mejor que la Santísima Virgen, sobre todo si la miras al pie de la Cruz y en el día que siguió a la muerte de Nuestro Señor.

Sólo la Santísima Virgen creía, sólo ella esperaba la resurrección de Nuestro Señor. Pero, ¿crees que en su oración tendría consolación? Si avanzamos tan poco, a menudo es porque no sabemos aceptar estas penas en la oración. A menudo me dicen: "Me esfuerzo". Sí, hermanas, espero que os esforcéis, pero avanzáis un día y retrocedéis al día siguiente; os detenéis ante lo que os cuesta, y así progresáis poco. Para progresar de verdad, no hay que calcular.